

El comienzo de la vocación apostólica: hacerse peregrino

Pablo Alonso

En su prólogo a la *Autobiografía* de san Ignacio cuenta el mallorquín Jerónimo Nadal que durante casi cuatro años le había pedido en su nombre y en el de los demás compañeros que expusiera cómo el Señor le había ido llevando desde el principio de su conversión, porque confiaban que saber esto sería sumamente útil para ellos y para la Compañía¹. Cuando Ignacio finalmente accede, llama la atención, como ha sido tantas veces notado, que escoja para sí el calificativo de “el peregrino”. Se denomina así por primera vez en el camino a Montserrat [*Au* 15] y luego en otras 77 ocasiones hasta el final del relato en Roma².

La sorpresa está justificada porque Ignacio, General de la Compañía desde 1541, lleva en ese momento en que comienza a narrar su vida (1553) más de 15 años en los que apenas se ha movido de Roma en una ocasión. Si atrás han quedado sus largos viajes, la mayoría a pie, pero también en cabalgadura o en barco, que le llevaron de Loyola a Montserrat y Manresa, y luego de Barcelona a Roma y Jerusalén, y de regreso durante años por España, Francia e Italia, ¿por qué escoge el término “peregrino”?

Resulta evidente que no describe una forma de ser en lo exterior sino que revela más bien un modo de entenderse a sí mismo y de entender la existencia, siempre en movimiento y en búsqueda, en camino de seguimiento del Señor que lleva la iniciativa y va delante. Es una actitud muy de Ignacio que ya en 1545 había dejado escrito en su *Diario Espiritual*: “siguiéndoos mi Señor yo no me podré perder” [*De* 113]. El mismo Nadal

¹ Véase S. IGNACIO DE LOYOLA, *Obras Completas*, BAC, Madrid 1982, 86, que trae la traducción del original latino por Cándido de Dalmasés. En nuestra opinión esta petición de Nadal contextualiza el relato ignaciano que no sería tanto “la vida de san Ignacio” sino “el testimonio de su vocación” para ayudar a sus compañeros. Así se explican mejor sus énfasis y omisiones, la abundancia de detalles en algunas escenas como su ausencia en otras. Hay que notar que el texto, originado en una conversación, no lleva título. En la edición de *Monumenta* lleva el título *Acta P. Ignatii*. Cf. J.M. RAMBLA, “Autobiografía”, en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (GEI), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, 199. El autor habla de “testamento, enseñanza, radiografía espiritual de una vida”.

² Cf. I. ECHARTE (ed.), *Concordancia Ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1996, 937-938 y 946-947.

cuando describe años más tarde el tiempo de Ignacio en París afirma: “Ignacio seguía al Espíritu, no se le adelantaba. De este modo era conducido con suavidad a donde no sabía... Poco a poco se le abría el camino y lo iba recorriendo sabiamente ignorante, puesto sencillamente su corazón en Cristo”³.

De la misma manera que nos consta que Ignacio se entendió al final de su vida como peregrino, podemos afirmar que no fue así desde el principio de su conversión en la casa-torre de Loyola. ¿Cuándo y cómo se fue gestando este modo de ser y vivir? ¿Cómo empezó la peregrinación de Íñigo antes de llegar a ser Ignacio? Intentaremos en lo que sigue descubrir este proceso y aprender de ello para iluminar los inicios de una vida religiosa a la ignaciana en nuestros días.

Íñigo, converso en Loyola

Desde mediados de 1521 al comienzo de 1522 Íñigo vive una experiencia de conversión. Tras ser herido en ambas piernas en Pamplona sufre una primera intervención de regreso en Loyola para “ponerle los huesos en sus lugares” que a punto está de costarle la vida. Después, y por propia voluntad, se somete a una intervención de carácter estético para cortar un hueso que le sobresalía y corregir lo que considera fealdad de su pierna. Durante esta convalecencia, experimenta primero un cierto aburrimiento que le lleva a pedir libros para “pasar el tiempo” [Au 2-5]. Al no haber otros que una *Vida de Cristo* y otra de los Santos, inicia su lectura y comienza a percibir una alternancia de deseos contrapuestos que le absorben horas y horas: el servicio de una señora, que era más que condesa o duquesa, o la imitación de los santos; hazañas mundanas o las obras de Dios [Au 6-7]. La herida y su posterior convalecencia fuerzan un parón en la vida de Íñigo en servicio del virrey de Navarra, parón que, sin embargo, le da una cierta distancia y perspectiva sobre ella. Las lecturas sobre Jesús y los santos le sirven de contraste y comienzan a alimentar su deseo de un escenario vital distinto que alterna con retomar el vivido hasta ese momento.

De manera paulatina aprende a leer su interior y se inicia así en el discernimiento “por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste, y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio, y el otro de Dios” [Au 8]. Con

³ *Monumenta Nadal* V, 625-626. Se trata de su Diálogo sobre el Instituto de la Compañía (*Dialogus II*), escrito entre 1562 y 1565. La expresión en el original latino para “sabiamente ignorante” es *sapienter imprudens*, sugiriendo quizás esta última palabra algo más que “ignorante”.

esta luz piensa en su vida pasada y en la necesidad que tiene de hacer penitencia de ella, y le surge el deseo de imitar a los santos, que concreta en ir a Jerusalén descalzo, lleno de disciplinas y abstinencias [Au 9].

Sin embargo, la *Autobiografía*, al menos en la versión que ha llegado a nosotros, no especifica las razones para la tal penitencia. Pese a que Luis Gonçalves da Cámara, el jesuita portugués a quien Ignacio narra su vida, manifieste en su prólogo que le contó “las travesuras de mancebo clara y distintamente con todas sus circunstancias”⁴, de hecho la referencia en el cuerpo del texto a su vida pasada resulta mínima y un tanto eufemística: “dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra” [Au 1]. Hay que acudir a Juan Alfonso de Polanco, secretario de la Compañía a partir de 1547, para encontrar un poco más de luz sobre “la vida de Íñigo antes que Dios la tocase”: “hasta este tiempo aunque era aficionado a la fe, no vivía nada conforme a ella, ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos y cosas de mujeres y en revueltas y cosas de armas; pero esto era por vicio de costumbre”⁵.

En este período de Loyola aparece la Virgen María, Nuestra Señora para Íñigo, que jugará un papel importante durante toda su vida. Ahora le consuela y su cercanía le genera un rechazo total de su vida pasada y supone un punto de inflexión para rechazar las tentaciones futuras contra la castidad [Au 10].

Íñigo está dando sus primeros pasos. Su cambio interior se va reflejando en lo exterior: comienza a hablar con los demás de las cosas de Dios, ora, toma notas de lo que lee, crece en su actitud contemplativa, desea estar ya sano para ponerse en camino [Au 11]. Algo ha empezado a moverse en su vida pero queda mucho por integrar sea en la relación consigo mismo o con los demás. Reconoce como él afirma “el odio que contra sí tenía con-

⁴ FN I, 358.

⁵ J.A. POLANCO, *Summ Hisp 4* (cf. FN I, 153-154). El título completo de la obra es *Sumario de las cosas más notables que a la institución y progreso de la Compañía tocan* (1547-1548), cf. FN I, 146-256, para la que Polanco en su primera parte se sirve de una carta de Láinez sobre sus recuerdos de Ignacio (1547), cf. FN I, 70-145, y a la que en este punto amplifica (cf. *Epp Lainii 2*, FN I, 72). Ambas obras han sido publicadas y comentadas por A. ALBURQUERQUE, *Diego Láinez, S.J. Primer biógrafo de S. Ignacio*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2005. En este contexto resulta muy iluminadora la información obtenida a partir del caso abierto contra Íñigo y su hermano Pedro en el tribunal eclesiástico de Pamplona en 1515. Se les imputaba a ambos hermanos “un acto de violencia premeditada para herir o matar” realizado de noche el martes de carnaval. Sobre Íñigo se dice que era un tonsurado que ni vestía ni vivía como tal y que en su vida moral era aún peor. Los testimonios le presentan como individuo fatuo y provocador, resaltando su vanidad y su carácter belicoso, abundante cabellera bien nutrida, vistosa indumentaria y alarde de armas. Cf. B. MEDINA, “Los delitos muy enormes de Íñigo de Loyola”, *AHSI* 81 (2012), 3-71, en particular 42-51.

cebido”, mientras que con su hermano se muestra temeroso e incapaz de comunicarle sus planes [Au 12]. Con todos sus límites, esta experiencia espiritual inicial le pone en marcha, sin olvidar por supuesto el previo de la persona de Íñigo con sus dones y cualidades en los que Dios trabaja. Laínez lo describe ingenioso, prudente, animoso y

*Ignacio irá
aprendiendo, poco a
poco, a amar
plenamente como amó
Jesús, de manera
gratuita y universal.*

ardiente [Epp Lainii 2], mientras Polanco se refiere a sus virtudes naturales, a su valentía y su ánimo para acometer grandes cosas [cf. *Summ Hisp* 4]. Hay que incluir además su capacidad relacional, de trato y conversación, también de persuasión, que tanto había cultivado en su vida anterior de gentil-hombre y de la que da muestras en la defensa de Pamplona [Au 1].

Camino de Montserrat

Acompañado de otro hermano y de dos criados parte hacia Oñate y propone tener una vigilia en Nuestra Señora de Aránzazu, donde orando cobra nuevas fuerzas para el camino [Au 13]. De nuevo María. En 1554, en carta a Francisco de Borja, Ignacio recordará el provecho recibido en su alma en aquella vela nocturna [cf. *Epp* VII, 422]. Esta mención ha llevado a postular que Ignacio hiciera voto de castidad aquella noche, voto que Laínez refiere simplemente “en el camino y esto a nuestra Señora, a la cual tenía especial devoción”⁶. Si fue así, no nos extrañaría: Ignacio estaría prestando atención a su punto más frágil, por el que era más probable que pudiera caer. Hay que proteger el flanco débil, también en la vida espiritual, como luego recomendará en una de las reglas de discernimiento de primera semana [Ej 327]. Es cierto, por otro lado, que Íñigo parece moverse desde un cierto temor y la castidad no es el muro para protegerse de la herida de un posible desorden afectivo ni tampoco un modo de suprimir nuestra afectividad y sexualidad. Irá aprendiendo, poco a poco, a amar plenamente como amó Jesús, de manera gratuita y universal.

Ignacio se considera aún ignorante y ciego, sin saber qué era humildad o discernimiento, centrado en lo exterior y en su plan de realizar grandes penitencias. Desea agradar a Dios pero aún no le pregunta al Señor qué es lo que quiere, sino que él es quien decide [Au 14]. El encuentro con el

⁶ Cf. *Epp Lainii* 5, FN I, 76. Se apresura a afirmar Laínez que a la devoción le faltaba cierto fundamento teológico pero que el Señor pareció aceptar la pura intención de Ignacio y servirse de su madre como medio y le dio “el don de la castidad, y, a lo que creo, de muchos quilates”.

moro, tal y como lo denomina, sirve de ejemplo. En el camino a Montserrat queda con dudas sobre si ha hecho bien dejando marchar a quien ha cuestionado la virginidad de María después del parto. Le entran deseos de ir a por él y apuñalarlo. No quedándole claro qué hacer, decide soltar las riendas de la mula y que sea el animal el que decida qué camino seguir: si tomara el camino de la ciudad, buscaría al moro para apuñalarlo y si no, lo dejaría estar. Pese a ser más ancho, la mula no tomó el camino de la ciudad y resuelve así la duda del peregrino [Au 15-16]. Íñigo se revela incapaz de elegir y transfiere la decisión a la mula como sustituto de su voluntad, sin renunciar por otro lado a la posibilidad de ejercer la violencia. Tiene mucho que afinar para distinguir primero entre el bien y el mal y poder después elegir lo que más conduce.

En Montserrat expresa y significa su cambio de vida: la confesión general por escrito que dura tres días, la entrega de sus armas y el cambio de vestido. Dona los suyos a un pobre y él se viste de saco. La noche en vela delante de la imagen de la Virgen simboliza el inicio de su nueva vida vestido con las armas de Cristo [Au 17-18].

“El nuevo soldado de Cristo”

Temiendo ser reconocido en Barcelona se aparta por unos días a Manresa, estancia que finalmente se prolongará casi un año. Íñigo lleva adelante una intensa vida espiritual: siete horas de oración, misa diaria, confesión semanal, además de ayunar y realizar otras penitencias. Como había prestado mucha atención a su aspecto exterior, descuida adrede el cuidado de sus uñas y cabello. Se considera a sí mismo el nuevo soldado de Cristo [cf. Au 21].

Tras un primer período de tranquilidad, sufre sus primeras agitaciones interiores en medio de las cuales va aprendiendo a discernir:

– La primera a propósito de la perseverancia: ¿resistirá esta vida que comienza? [Au 20]. Reacciona rápidamente: su vida está sólo en manos de Dios (cf. Mt 6,25-34).

– La segunda a cuenta de los escrúpulos que le atormentan por la insistente necesidad de confesar una vez tras otra los pecados que recuerda de su vida pasada. Se desespera, grita a Dios y llega a sentir la tentación del suicidio⁷, para al final, cuando acaba sintiendo ganas de abandonar la vida que ha comenzado, despertar como de un sueño [Au 22-25]. Si recordar mis

⁷ Escribe gráficamente Polanco: “Dios nuestro Señor quería fuese bien acuchillado para ser buen cirujano en las cosas espirituales”. Cf. *Summ Hisp* 19.

Íñigo realiza una doble salida de sí mismo al encuentro de Dios y del otro: descubre la gratuidad de la gracia de Dios y la ayuda de las almas.

pecados me lleva a abandonar el seguimiento de Dios misericordioso, no puede ser algo bueno. Descubre que es esencial la atención al inicio, al medio y al final de los procesos interiores, y que al alma delgada el mal espíritu busca adelgazarla todavía más, frutos que luego dejará por escrito en sus reglas de discernimiento y de escrúpulos [cf. *Ej* 332-333.350].

– En el contexto de su intensa vida espiritual, las grandes consolaciones le llegan en el momento de dormir, que es más bien poco [*Au* 26]. ¿Acaso puede Dios equivocarse los tiempos? [cf. *Ej* 332-333].

– Habiendo decidido no comer carne, siente un fuerte movimiento de su voluntad a hacerlo y no puede dudar de ello, pese a que lo examina animado por su confesor [*Au* 27]. Dios es siempre mayor, el único soberano y quien lleva la iniciativa [cf. *Ej* 175.335].

En este tiempo, dice Íñigo, “le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole” [*Au* 27]. Se va situando como discípulo, cede la iniciativa al Señor, reconoce la diferencia entre los dos y que a él le toca ante todo acoger la iniciativa divina. Si en Montserrat entregó sus armas y vestidos, en Manresa rinde sus “armas interiores”. Modera sus extremos al ver el bien que hace a la gente tratándola, vive una intimidad progresiva, que continuará toda su vida, con Cristo y con María, y se siente confirmado en su camino. Íñigo realiza una doble salida de sí mismo al encuentro de Dios y del otro: descubre la gratuidad de la gracia de Dios y la ayuda de las almas. No es el origen, ni el fin de su vocación, ni tampoco su garantía. La experiencia vivida junto al río Cardoner corona toda una serie de profundas experiencias de Dios y representa el hombre nuevo que está naciendo: “una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas... le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto, que tenía antes” [*Au* 28-30].

Esta última y profunda experiencia de Dios le ayuda a descubrir, orando junto a una cruz, que la consolación que venía sintiendo con la visión repetida de una serpiente con ojos resplandecientes era en realidad del mal espíritu [*Au* 31, cf. 19]⁸. El discernimiento se torna más complejo en com-

⁸ “Desde el punto de vista simbólico, la serpiente está asociada a una imagen fálica, y los ojos resplandecientes tienen una fuerte connotación narcisista-exhibicionista. Ambos elementos son regresivos, replegando al peregrino sobre sí mismo”. Cf. J. MELLONI, *La mistagogía de los Ejercicios*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2001, 47.

paración con el de Loyola: el mal espíritu puede consolar con causa [Ej 331]. Aunque la tentación de curvarse sobre sí mismo para buscar gratificación le acompañará toda su vida hasta Roma, Íñigo sabrá defenderse [Au 31, cf. *Summ Hisp* 17]. Avanzar en la vida espiritual no consiste en no sufrir tentaciones sino en crecer en la capacidad de reconocerlas como tales y de reaccionar adecuadamente. Poco a poco se irá liberando también del peso de su pecado pasado [Au 32-33].

Viaje a Jerusalén

Llega el momento de partir, pasando por Barcelona. Su voluntad de tener solo a Dios por refugio le lleva al punto de no querer ningún compañero de viaje y de realizarlo en pobreza total [Au 35]. Sólo acepta cargar con un bizcocho por indicación de su confesor y calla por vanagloria el destino de su viaje. No toma dinero, no quiere comprar el pasaje y cuando por temor acepta dinero en Roma, lo acaba dando a los pobres; pide siempre limosna y vive a la intemperie, sufre enfermedades, dificultades y riesgos en tierra y por mar. Su actitud de desprendimiento es tal que hasta le deja el ansia que hasta entonces había tenido de buscar personas espirituales [Au 37]. Experimenta también la bondad de muchos que lo acogen, interceden por él o le ayudan. Todo le acerca al Señor. Desde que sale de Barcelona vive con consolación tanto el viaje [Au 39-44] como la estancia en Tierra Santa, en intimidad y cercanía con el Señor cuyas huellas busca incluso literalmente, como en el Monte de los Olivos [Au 45-47]. Se trata de una consolación progresivamente más honda que trasciende la sensibilidad y la apariencia primera de las cosas. Pese a los trabajos, las dificultades, la soledad, los contratiempos y los peligros, experimenta una gran certidumbre en su alma que le confirma [Au 40, 42] y la cercanía de Cristo [Au 41, 44, 45, 47, 48, 52]. En junio 1536 escribirá a Sor Teresa Rejadell sobre la consolación interior que echa toda turbación: “con esta divina consolación todos los trabajos son placer, y todas fatigas descanso” [Epp I, 104].

Sin duda, llama la atención el conflicto planteado entre tener compañía y la confianza en Dios. Años más tarde, en carta a Juan de Verdolay (24 julio 1537) desde Venecia, Íñigo reflejará la síntesis a la que ha llegado al hablar de sus compañeros como “hermanos míos” y “amigos míos en el Señor” [Epp I, 119]. Con ellos llegará a fundar la Compañía. Por otro lado, también la vivencia de la pobreza vivirá sus modulaciones durante el tiempo de estudios en París y luego al nacer la Compañía. Como General y mientras escribe las Constituciones Ignacio redactará su *Deliberación*

sobre la pobreza (1544) y realizará un largo discernimiento sobre el modo de pobreza de la Compañía, recogido en su *Diario Espiritual* (1544-1545)⁹.

En Jerusalén le aguarda sin embargo algo inesperado: el superior provincial de los franciscanos no le permite quedarse allí como es su deseo y

le obliga a regresar con el resto de peregrinos. El “propósito muy firme” de Íñigo alimentado desde Loyola durante dos años y que pretendía que configurase el resto de su vida se quiebra. Su voluntad era otra pero obedece la decisión de quien tiene autoridad [Au 46-47] y entiende que a través de ella se le comunica la voluntad de Dios.

El aprendizaje es decisivo. En este caso “el otro” no resuelve la duda de Íñigo como antes hicieran la mula o el confesor. Íñigo no dudaba en absoluto y tampoco quería contar con nadie, con ningún compañero, para confiar sólo en Dios. Sólo Dios y él.

Pero Dios se sirve de un tercero, aquí el otro constituido en autoridad en la Iglesia, para comunicarle su voluntad. El yo de Íñigo se abre a la dimensión eclesial. Su seguimiento de Cristo no es una cuestión meramente individual sino que se inserta en una comunidad jerárquica. La autoridad de la Iglesia tiene una palabra sobre su vida, que años más tarde en la *Fórmula del Instituto* de Julio III (1550) acabará buscando en la persona del Vicario de Cristo para tener una más cierta dirección del Espíritu Santo [FI 4, cf. MCo I, 377]¹⁰.

El mismo Señor que le ha venido impulsando a ir a la tierra de Jesús para vivir como él ahora quiere que regrese. Íñigo no vive sin embargo una contradicción que le paralice. El plan previsto no se realiza y el futuro se abre. A partir de ese momento, la primera parte del camino de regreso se convierte en tiempo de discernimiento: “siempre vino consigo pensando *quid agendum*”, qué haría. Finalmente se inclina a estudiar para poder ayudar a las ánimas y determina ir a Barcelona [Au 50], donde llega bajo las mismas claves de pobreza y libertad, concluyendo así su viaje a Tierra Santa, su primer proyecto que le movió a salir de Loyola [Au 49-54].

⁹ Cf. respectivamente MCo I, 78-83 y 86-158.

¹⁰ Si en su momento la mula y el confesor se presentan como suplencia exterior a la incapacidad interior de discernir desde mociones espirituales, más adelante la elección del Papa no aparece como alternativa o suplencia. No es el elemento final del proceso ni una decisión simplemente exterior. El Papa participa del mismo espíritu que actúa en la Iglesia y en el interior del yo personal del hombre espiritual. Cf. E. ROYÓN, “Ignacio, un hombre de elección”, Manresa 63 (1991), 72.

El yo de Íñigo se abre a la dimensión eclesial. Su seguimiento de Cristo no es una cuestión meramente individual, sino que se inserta en una comunidad jerárquica.

“El pobre peregrino, Íñigo”

Han sido apenas tres años de su vida pero muy intensos y que suponen los inicios de su seguimiento del Señor. En ellos Íñigo ha realizado un intenso recorrido exterior e interior. Ante todo, ha crecido en su experiencia de Dios. El Señor se ha hecho su compañero de camino y vive una creciente intimidad con él, una relación personal, acompañada por María [cf. *Au* 29]. Sigue rezando, leyendo y tomando notas, y ha ido afinando su sensibilidad para identificar sus movimientos interiores y discernirlos, distinguiendo aquello que es de Dios de lo que no lo es, más allá de la superficie o de la primera impresión recibida en sus sentidos o en su corazón.

Esta experiencia de Dios le ha ido llevando a dar pasos en un itinerario muy significativo tocando distintas dimensiones de su vida: primero, la afectiva y sexual, optando por la castidad como su modo de vivirla ordenadamente; segundo, ha pacificado de manera progresiva su relación con su pasado que le ha dejado de atormentar y de pesar, pasando a un primer plano el amor de Dios; tercero, asumiendo una vida vivida en pobreza y desposeimiento, y por último, de modo todavía muy germinal, a asomarse a la realidad de la mediación de la autoridad de la Iglesia para encontrar la voluntad de Dios. Ha ido creciendo en autonomía y ya no busca con ansia personas espirituales que le puedan ayudar. El Señor ha ido tomando la iniciativa y le ha descubierto que seguirle consiste en primer lugar en preguntarle qué hay que hacer y en ejercitar la escucha. También se ha ido abriendo y disponiendo ante los demás. Tras un proceso largo que arranca en Manresa, a la vuelta de Jerusalén desea ya ayudar a los otros y quiere prepararse para ello, reconociendo sus límites.

Este proceso él mismo lo expresa en una palabra: Íñigo se ha hecho peregrino, en concreto “el pobre peregrino, Íñigo”. Así firma una carta a Inés Pascual escrita en Barcelona. Más aún, en ella califica también de “peregrino” a Calixto, su primer compañero, que se encuentra en ese momento en Manresa y con quien quiere que Inés comunique sus cosas [*Epp* I, 71-73]. Nos encontramos probablemente en 1524: Íñigo es un peregrino compañero de otro¹¹.

Aunque su camino no esté aún concluido, podemos ya afirmar que en su relato Ignacio está respondiendo a la petición de Nadal y Cámara y se con-

¹¹ Se trata de la primera carta de S. Ignacio conservada. Fechada aparentemente el día de san Nicolás de 1525, el editor del volumen en la serie de *Monumenta* avisa que “1525” es en el manuscrito obra de una mano más reciente y razona que sería extraño que en ese momento Inés Pascual no conociera a Calixto. Sugiere por tanto como fecha 1524 (cf. *Epp* I, 72-73, n. 4).

vierte en ayuda para otros como lo fue para ellos. Su testimonio nos puede seguir ayudando hoy a reconocer los signos de que alguien que se inicia en la vida religiosa apostólica ignaciana está marchando en la dirección correcta. En primer lugar nos recuerda que necesitamos “sujeto” [Ej 15]

*El Señor le ha
descubierto que seguirle
consiste en primer lugar
en preguntarle qué hay
que hacer y en ejercitar
la escucha.*

como punto de partida: una persona capaz de interioridad, de leer su mundo interior y de comunicarlo con transparencia, base de todo discernimiento; con grandes deseos y con ánimo para perseguirlos; con una personalidad suficientemente sólida para poder emprender su propio camino más allá de su entorno personal y social; generosa y abierta, en quien pueda arraigar la llamada del Señor a una relación personal con él y a incorporarse a su proyecto. Así era Íñigo en Loyola. Sin duda también tenía sus heridas, siendo la de la pierna quizás no la

más importante, pero de la mano del Señor inició un camino por un lado de aceptación y sanación de su historia y por otro de apertura a la donación y al servicio, pobre, humilde y concreto. Fue aprendiendo a reconocer los matices del paso del Señor y a aceptar la mediación del otro, no siempre buscada o pedida, también del otro constituido en autoridad.

El camino es largo pero también lo fue el de Ignacio. Dos elementos apenas apuntados en Barcelona se irán desarrollando, no sin dificultades, a lo largo de los años: los estudios con la intención de ayudar a las ánimas y los compañeros. A propósito de los estudios y del apostolado sufrirá en Alcalá, Salamanca y al inicio de su estancia en París e irá dando pasos, a veces vacilantes, hasta conjugar el estudio con la pobreza. También la dimensión comunitaria, que llegará a ser luego esencial en su camino espiritual que acabará recorriendo en compañía, le causará desvelos. Vivirá varios fracasos hasta que sus esfuerzos den fruto al tiempo de estar en París. Pero eso es precisamente ser peregrino: no es tan decisiva la distancia o la tarea pendiente como adoptar y mantener la actitud adecuada. Ése es el gran testimonio de Íñigo en su *Autobiografía* para quienes vengan después de él deseando iniciarse en la vida religiosa. Así, como peregrino, se irá disponiendo paso a paso a lo que Dios le tenga preparado, *sapienter imprudens*.